

NOCHE CONVENTUAL

Entre los días 10 y 11.



UN compañero me invita a pasar la noche en el departamento de los niños infecciosos, a cargo de la hermana Julia. Es el más pequeño de todo el hospital y está en el lugar más apartado, junto al *Ourthe*, río sin ímpetus y sin velas, ciñendo mansamente el caserío industrial de Bressoux. Desde sus ventanas se ve la línea suave que forman las colinas, que ocultan los fuertes, y el musgo brillante de la vieja *Chartreuse*.

El pabellón de la hermana Julia está en un lugar de paz conventual. Hay una marquesina a la entrada, tres escalones de piedra azul y un par de zuecos, que seguramente acaba de abandonar allí la enfermera. Al lado de la escalera están

un cómodo sillón, dos mesas pequeñas con algunos juguetes rotos y, un poco más lejos, un árbol grande, hermoso, más alto que el pabellón; desde sus ramas vió el jardinero a los primeros alemanes. Antes de la guerra cantaban en él los ruiseñores, celestes compañeros de la hermana Julia.

Se nos recibe con cariño. Somos muy buenos, pues ya no tendrán miedo los enfermitos cuando sepan que dos *papás* dormirán con ellos. Visitamos las salas. Casi no hay paredes, se han preferido las grandes ventanas; el niño necesita aire y luz, como una planta. Un pequeñín nos saluda y quiere besarnos antes de dormirse; pero no se lo permite la hermana. Otro, Luciano, grande como una escoba sin mango, se divirtió mucho con el bombardeo, los tambores y los pífanos.

La hermana Julia va a buscarnos huevos frescos, *tartines*, mermelada y café frío.

Mientras mi compañero y yo comemos, nos cuenta sus impresiones: «Esta guerra estaba anunciada. Desde pequeña — y ya soy vieja — oí decir en mi aldea que día vendría en que los campos se cubrirían de gris, y la sangre llegaría al encuentro de los caballos, y las chicas tendrían que subir a los árboles de las huertas para distinguir a un hombre, ¡tan pocos quedarían! Y ya ven ustedes: los alemanes están vestidos de gris y los campos de Lieja están cubiertos de cadáveres».

Observo con curiosidad la cara de la hermana Julia. Nada falso hay: todo es disciplina, oración, luz, idealismo en la práctica de la caridad. Acepto la poesía de su leyenda, mi alma necesita palabras proféticas para soportar la magnitud del desastre.

«Yo los he visto pasar días y noches — continúa la hermana — . Venían de Bressoux, de la Char treuse, desfilaban a lo largo del Ourthe, pasaban el puente y entraban en la ciudad. ¡Qué triste es ésto, señores, qué triste! . . . Durante los días que hubo afluencia de heridos en las otras salas, me trajeron aquí, entre mis niños, a un alemán y a dos belgas. Cuando se oía el rodar de los trenes de artillería y la música de los pifanos, el alemán se erguía, sin quejarse de sus lesiones, y aclamaba a los regimientos del Rhin; los dos soldados belgas lloraban en silencio, vueltos contra la pared para no ser vistos; pero yo los vi».

Llega la hermana Blanca, viene a arreglarnos las camas por orden de la superiora, pues la hermana Julia es ya muy viejecita, aun cuando no lo aparente. Nos deseamos las buenas noches y en seguida nos retiramos mi compañero y yo.

La vela se consume lentamente sobre la mesilla. Un profundo silencio nos rodea, sólo interrumpido por la tos de algún enfermito y los pasos solícitos de la hermana Julia. Voy a dormir muy a gusto en este rincón en donde se trabaja para el cielo. ¡Qué apacible vida! Rezar, curar niños, comer con frugalidad, dormir poco. ¡Desde hace quince años la hermana Julia repite diariamente lo mismo! . . . Buenas noches, dulce, sencilla, virtuosa y patriota hermana. Todo en ti es natural, todo está dicho desde hace siglos. ¿Por qué no me hablaste del libro de Job? . . . Recuerdo estas palabras: «Dios me ha privado de mi gloria; él ha quitado la corona de mi cabeza; él me destruye de todas partes; él ha arrancado como un árbol mi esperanza. . . »

Tienes razón, buena hermana, es *Él* quien lo ha dispuesto así. ¡Pobre Bélgica amada!

Me levanto temprano, respiro con deleite el aire

fresco de la mañana. Cerca del pabellón veo una huerta cuidada con esmero; es la huerta del convento. . . ¡Pero qué satisfactorio es respirar el aire cargado de humedad y de perfumes!

¡Lindo rincón de hospital, con niños enfermos!
Vuelve a oirse el cañón. ¡Oh, ese cañón!

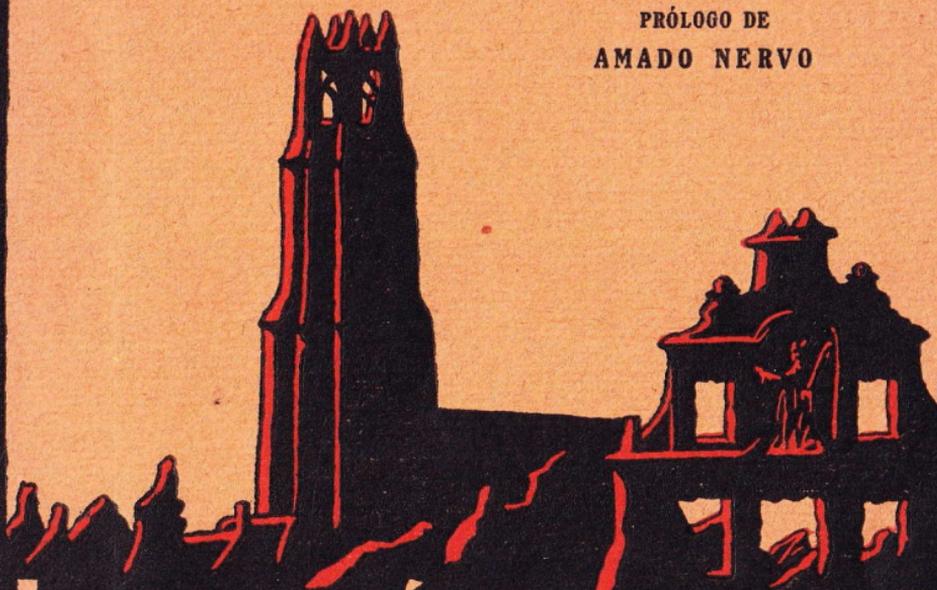


FRANCISCO OROZCO MUÑOZ

VOLUNTARIO DE LA CRUZ ROJA BELGA

**PALABRAS DE
FRANCISCO VILLAESPESA**

**PRÓLOGO DE
AMADO NERVO**

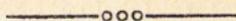


INVASIÓN

**y CONQUISTA
DE LA BÉLGICA MÁRTIR**

FRANCISCO OROZCO MUÑOZ

VOLUNTARIO DE LA CRUZ ROJA BELGA



Invasión y Conquista de la Bélgica Mártir

==== PALABRAS DE ====
FRANCISCO VILLAESPESA

==== PRÓLOGO DE ====
AMADO NERVO



FRANCISCO BELTRÁN
LIBRERÍA ESPAÑOLA Y EXTRANJERA
16, PRÍNCIPE, 16 - MADRID